

Nuevamente yo Ana María Pino Jordán, promotora de la Casa del Corregidor, saludándolos y pidiendo permiso para acompañarlos un ratito.

La semana pasada mi comentario estuvo en torno a la identidad. Señalé en buena cuenta que nuestra pertenencia a una determinada sociedad, grupo o gusto va definiendo nuestra identidad. Que hay identidades que podemos cambiar (gremio, nacionalidad, religión, entre otras) y que hay las que difícilmente podemos hacerlo sin entrar en serio conflicto con nosotros mismos (cultura, físico). Y que el problema radica cuando no queremos ser lo que somos y que lo mejor era, en este caso, aceptarnos y valorarnos.

Me pidieron que explicara un poquito más este problema y voy a utilizar como ejemplo porque es más visible, el caso de nuestra identidad sexual. La sabia naturaleza determinó dos sexos complementarios, recíprocos, funcionales a la reproducción: hembras y machos. Pero en la especie humana le dio capacidades especiales para pensar y sentir con las cuales desarrolla su vida y construye también el funcionamiento de sus sociedades o cultura. Entonces, históricamente, cada cultura ha establecido, en base a su interpretación del mundo, sus formas de pensar y sus normas para vivir mejor.

Si miramos nuestro alrededor veremos que hay dos formas de pensar más o menos notorias, una forma que se ha denominado “occidental” porque su base de pensamiento es el de la cultura greco-romana que en esencia gira en torno al individuo o al YO como ser supremo, entonces privilegia lo que ese YO piensa, siente y hace. La otra forma de pensar, estamos hablando de nuestro medio, es la que podríamos llamar “andina”. Su pensamiento se desarrolló sobre la base de cómo ellos, los andinos, concebían el mundo, y la forma como lo hacen es considerando que todo se relaciona, que el ser humano (mujeres y hombres) es parte de la naturaleza, y que lo que permite la vida es un equilibrio entre todos los componentes de su universo: dioses, naturaleza, seres vivos y en general todo lo que existe, no hay seres aislados, todo tiene correspondencia y se relaciona ya sea como complemento afín o antagónico, o en reciprocidad. Nada existe aislado y el hegemonismo es relativo al acontecimiento de las cosas.

Ambas culturas, que además ahora existen mezcladas y se han prestado muchos de sus elementos, cuando se desarrollaron, asignaron a sus miembros sus propios roles según sus creencias. Al ser el YO, el individuo, el ser hegemónico en la cultura “occidental” cada individuo tiene valor por sí mismo y busca individualmente, según sus fuerzas y capacidades, su superación, su felicidad. Entonces p.e. si es mujer o es hombre y no es feliz siéndolo, pues puede consecuentemente buscar cambiar de sexo, cambiar su identidad sexual. Puede darse el caso que está satisfecha/o con su sexo, pero que sus sentimientos y sus gustos estén más orientados a otros de su mismo sexo.

En la cultura “andina” lo que se cuida es el equilibrio en torno a la existencia, y factores importantes en la existencia es la producción y reproducción. En ese sentido mujer y hombre (la pareja) es concebido como uno en equilibrio que además no están solos sino son parte de una comunidad mayor, con la que también buscan estar en equilibrio.

De una manera muy rápida, y pido disculpas por eso, he tratado de mostrar las diferencias que nos imprime nuestra identidad cultural, pues cuando tenemos que abordarlas en nuestra vida diaria, es bueno que lo hagamos considerando las diferencias y sobretodo respetándolas. Gracias. 13/7/2005